

¿Un jefe de medio Estado alemán federal?

Miguel Angel Granados Chapa

FRANCFORT, 12 de mayo. — Dentro de diez días (puesto que usted leerá estas líneas el 13 de mayo), la República Federal Alemana elegirá, mediante el procedimiento indirecto previsto en la Constitución de 1949, su quinto Presidente federal. Antes ocuparon ese mismo cargo Theodor Hauss, Heinrich Lübke, Gustav Heinemann y Walter Scheel, que ahora concluye su periodo de cinco años; los dos primeros fueron reelegidos una vez.

Aunque el régimen parlamentario establecido en la RFA confiere al presidente una fuerza meramente simbólica, y confía las responsabilidades del gobierno al Primer Ministro, lo que probablemente ocurra el 23 de abril tendrá señalada importancia política, porque manifestará algunas de las dificultades en que entra un sistema político estructurado para funcionar con una diversidad de partidos cuando éstos se reducen prácticamente a sólo dos.

Como se sabe, el Presidente de la República Federal Alemana no es elegido, como en los sistemas presidencialistas o semipresidencialistas, por el sufragio de los ciudadanos, sino que, como ocurre también en Italia, es designado por electores provenientes del Parlamento Federal y de los parlamentos regionales. Actualmente, aunque es minoritario en la representación federal, el hecho de que el socialcristianismo gobierne en la mayor parte de los Estados alemanes (sólo Bremen, Hamburgo, Hesse y Renania del Norte-Westfalia están regidos por la socialdemocracia o

la coalición de ella y los liberales) deja prácticamente en sus manos el nombramiento del sucesor de Scheel.

Mas ocurre que la Unión Cristiana-Demócrata (UCD) ha decidido postular al candidato al que se le reprochan antecedentes y orientación derechistas asimilables a los de la fracción reaccionaria del Partido Social Cristiano, que ya de suyo es conservador y favorece la economía de mercados sin apenas una presencia regulatoria del Estado.

Por lo pronto Karl Carstens, que es el candidato de la UCD, no tendrá opositor, pues la semana pasada la coalición de los partidos Liberal y Social Demócrata decidió no presentar un candidato propio a la elección presidencial, puesto que estaría condenado a perder. Las cosas, sin embargo, pueden ir más lejos, pues también la semana pasada el líder socialdemócrata Willy Brandt sugirió que los compromisarios de su partido y de su aliado pudieran abstenerse en la votación para nombrar al presidente, con objeto de no cohonestar la designación.

De ser así, el Jefe del Estado perdería su principal atributo que es la fuerza moral que le proviene de ser el representante de todos los alemanes. En la elección parlamentaria de 1976 la democracia cristiana alcanzó el 46 por ciento de los votos, lo que señala que representantes de sólo la mitad de la sociedad darían su voto para investir a Carstens. Ya partida en dos por la derrota del hitlerismo, Alemania estaría en el riesgo que no es propiamente simbólico de escindirse

una vez más en dos vastas porciones, sólo una de las cuales otorgaría a su Presidente calidades suficientes para que lo fuera.

El asunto se ha planteado así por la polarización de las fuerzas políticas alemanas. Los únicos dos partidos con vigor real, a pesar de sus vaivenes y oscilaciones, tienden a crecer en perjuicio de las pequeñas formaciones, que cada vez reclutan menos votos si bien están en situación, como el Partido Liberal, de servir de apoyo para formar coaliciones, y acaso también de servir como instrumentos en estrategias con vistas a la próxima elección parlamentaria federal, el año próximo.

Ese parece ser el caso del nuevo "Partido del Ciudadano", nacido el primero de mayo pasado bajo la dirección de un diputado exsocial demócrata, Hermann Frededorff, que busca agrupar, según su dicho, al "ciudadano libre" del centro izquierda y del centro derecha, independiente de los extremos. Se ha observado que ese partido pudiera en realidad estar alentado por el jefe de la fracción reaccionaria de la democracia cristiana Franz Joseph Strauss, Primer Ministro de Baviera, que quisiera ser canciller general en 1980, lo cual podría conseguir si, primero, desplaza de la dirección de su partido a Helmut Kohl, y después si logra quitarle votos, por la vía del nuevo partido, a la coalición socialdemócrata y liberal.

Lo grave de esto último puede medirse por el hecho de que Strauss, entre otra de sus gracias, es ferviente admirador y amigo de Pinochet...